

Niños en psicoanálisis

Elsa Labos

Consideraremos la necesidad de aclarar la concepción que tenemos del *niño* cuando nos referimos a nuestra práctica psicoanalítica. Su importancia deriva de que la elección de determinada concepción marcará indefectiblemente el cariz que tome nuestra posición con respecto a la práctica clínica.

La palabra niño, deriva del latín *infans*, se define como: mudo, el que no habla, infantil, que implica incapacidad de hablar, infacundia. Este último término deriva a su vez del latín *infacundus*, como no fecundo o que no halla palabras fácilmente para explicarse (Diccionario de la Real Academia Española).

Tomando en cuenta esta definición, el niño queda ubicado en una relación de estricta dependencia con un sentido evolucionista del lenguaje. Es posible entonces, tal como sostiene la psicología clásica, pensar que ellos –los niños– son el efecto de la evolución que adquieren los procesos cognitivos como producto de una autorregulación orgánica, que a su vez intervienen en la relación que mantienen con el medio. De esta manera el término niño supone un lugar que implica una estructura mental particular, quedando ubicado en un tiempo que antecede al lenguaje, lo que habitualmente se denomina *preverbal*. Esto conduce a una práctica específica que lleva a definir *el psicoanálisis de niños* como una especialidad dentro de lo que es la práctica psicoanalítica.

Karl Abraham, preconizador del psicoanálisis con niños, toma como eje central de la neurosis infantil el proceso que enfatiza los estadios del desarrollo. Su posición con respecto al análisis infantil era hacer evolucionar las fantasías desde los desarrollos pregenitales hasta la organización genital, reconstruyendo así el desarrollo de las organizaciones libidinales del niño. La cuestión

se centraba en llevarlo de un mundo de *objetos parciales* a un mundo edípico. Nos encontramos entonces con una teoría evolucionista.

Sin embargo, podemos preguntarnos desde otra perspectiva cuál es realmente la relación íntima del niño con la estructura del lenguaje y por ende con la constitución de la estructura inconciente. ¿No se trata de una relación, siguiendo a Lacan, en la que hay una articulación muy precisa a la estructura del lenguaje, a lo que del lenguaje, considerado como estructura, ya está ahí? Sabemos que el niño configura tal relación de una manera particular, por contigüidad, palabra por palabra, cuyo eje es fundamentalmente metonímico, teniendo como característica estilística el de ser concreto y realista.

Este planteo pone en cuestión la evolución en tanto tiempo biológico en contraposición a la estructura del inconciente como tiempo lógico, tiempo que por otro lado ya postuló Freud claramente cuando consideró la significación del síntoma histérico construido en un momento posterior, cuando se articulan sintomáticamente las representaciones inconcientes necesarias para poder llegar a connotar significativamente el primer momento en que se había producido la situación traumática.

Freud señala especialmente el nivel de placer que siente el niño al jugar con las palabras:

“Las elucidaciones precedentes nos han llevado, sin que lo advirtiéramos, a inteligir una historia evolutiva o psicogénica del chiste, que ahora abordaremos más de cerca. Hemos tomado noticia de unos estadios previos del chiste, y es probable que su desarrollo hasta el chiste tendencioso ponga en descubierto nuevos vínculos entre los diversos caracteres del chiste. Antes de todo chiste existe algo que podemos designar como *juego* o “*chanza*”. El juego –atengámonos a esta designación– aflora en el niño mientras aprende a emplear palabras y urdir pensamientos. Es probable que ese juego responda a una de las pulsiones que constriñen al niño a ejercitar sus capacidades (Groos, 1899); al hacerlo tropieza con efectos placenteros que resultan de la repetición de lo semejante, del redescubrimiento de lo consabido, la homofonía, etc., y se explican como insospechados ahorros de gasto psíquico. No es asombroso

que esos efectos placenteros impulsen al niño a cultivar el juego y lo muevan a proseguirlo sin miramiento por el significado de las palabras y la trabazón de las oraciones. Un juego con palabras y pensamientos, motivado por ciertos efectos de ahorro placenteros, sería entonces el primero de los estadios previos del chiste.” (*El chiste y su relación con lo inconciente*, pág. 123)

En *Lo inconciente* (1915) plantea el proceso de inscripción de la representación de cosa y de la representación de palabra y destaca que la palabra es una representación compleja que se forma por un proceso asociativo. Ahí confluyen elementos de origen visual, acústico, cenestésico, olfatorio y táctil, dando pie a una teoría del lenguaje que difiere de manera radical de una posición evolucionista, ya que no queda unida a un proceso de aprendizaje —como sería comprendido desde la concepción de infancia que implica momentos de desarrollo— sino a lo que denomina *lo infantil*, aquello placentero ligado a lo sexual y que es reprimido, quedando sólo como una matriz ligada al fantasma.

De este modo el niño, afectado por el tiempo biológico, es introducido desde el origen en otro tiempo, el tiempo lógico de la estructura del lenguaje, quedando situado en la temporalidad en que las operaciones lógicas se despliegan.

Citaré lo que dice Freud al hablar del *placer del disparate*:

“En la época en que el niño aprende a manejar el léxico de su lengua materna, le dejará un manifiesto contento *experimental* jugando con ese material, y entrama las palabras sin atenerse a la condición de sentido, a fin de alcanzar con ellos el efecto placentero del ritmo o de la rima. Ese contento le es prohibido poco a poco, hasta que al fin sólo le restan como permitidas las conexiones provistas de sentido entre las palabras. Pero todavía, años después, los afanes de sobreponerse a las limitaciones aprendidas en el uso de las palabras se desquitan deformándolas por medio de determinados apéndices, alternándolas a través de ciertos arreglos (reduplicaciones, jerigonzas) o aún creando un lenguaje propio para uso de los compañeros de juego, empeños éstos que vuelven a aflorar en ciertas categorías de enfermos mentales)”. (*El chiste y su relación con lo inconciente*, pág. 120).

Así es como Freud introduce otro tiempo que no es lineal ni continuo, claramente expresado en el concepto de *après coup* que implica el anudamiento operado en análisis, con posterioridad a los efectos de la escena en los síntomas.

En el juego de palabras que plantea el chiste se pone de manifiesto el placer de la alternancia entre el *tener-por-un-sinsentido* al chiste y el discernirlo como provisto *de-sentido*. El placer del juego de palabras proviene de la liberación de lo *sinsentido*, por lo tanto el sentido del chiste o del juego sólo está destinado a proteger el placer.

Tomando esta referencia freudiana en relación al juego de palabras en el niño podemos pensar que la dicotomía niño/adulto, en relación a momentos *madurativos* o procesos evolutivos merece una crítica, ya que la práctica analítica instaurada por Freud responde a los poderes de la palabra para sostener su método analítico con su regla fundamental, la asociación libre, pero también vislumbrando sus límites. Por un lado lo descifrable y por otro el resto indeclinable, comparado a los jeroglíficos, vinculado con el carácter de la escritura, allí donde se sitúan las marcas de la satisfacción. Me estoy refiriendo al fenómeno concerniente a la inscripción de la identificación primaria.

El llamado *niño* no queda exento de esto, más aún encuentra en ello su estructura.

Lacan, en *Función y Campo de la Palabra en Psicoanálisis*, a la vez que despliega su teoría del significante, la palabra y el lenguaje, aborda la problemática sobre autores post-freudianos que, interpretando de una manera particular ciertos términos de Freud, se vieron conducidos a convertir el psicoanálisis en psicología, pedagogía materna, o reeducación emocional por parte del analista.

Con este trabajo intento poner en cuestión el lugar que se le otorga a la escucha analítica en la clínica con niños, en función de que para la escucha su objeto son las formaciones del inconsciente, y éstas son las mismas para los adultos y para los niños. Habría que considerar sin embargo dentro de esta perspectiva, una diferencia que si bien no es fundamental, no por ello es insustancial y que consiste en que la forma que adquiere el discurso infantil, las características lúdicas del juego, la manipulación de los objetos y los movimientos del cuerpo, comprometen el espacio y la imagen del cuerpo y del semejante. Esta modalidad

de expresión se impone más que la palabra, y facilita la búsqueda de sentido por parte del analista, más que la interrogación que sugiere el detectar un equívoco. Por ende la clínica con niños tiene su característica, ya que el juego, el dibujo y la expresión lúdica con que el niño cuenta naturalmente como medio de comunicación es tomada, por algunos analistas fundamentados en la teoría del simbolismo (que considera *posible* la sustitución de la *cosa* freudiana, por el *objeto*), con la finalidad de hallar la oportunidad de encontrar la *unicidad de sentido*. Esto los lleva a una concepción del símbolo en que éste es equiparable al sentido, dando pie a la llamada *traducción simbólica*.

La cualidad de la estructura del niño en correspondencia con la estructura del inconciente, donde la articulación formal palabra por palabra es la que predomina, siendo además dominante la articulación formal del significante en relación a la transferencia de significado, es motivo suficiente para que algunos analistas puedan sostener una posición interpretativa basada en una traducción simbólica, sin tener que adoptar una posición silenciosa esperando detectar un equívoco. El analista trata desde esta posición de buscar *la verdadera significación* que supuestamente adquiere para el sujeto un objeto cualquiera. Surge aquí la construcción de que el sujeto es correlativo al objeto. Si es que se toma este planteo literalmente, el analista puede perderse peligrosamente en un manejo cotidiano de las significaciones.

En otro orden de cosas, sabemos que el lenguaje del niño emerge en *su relación con el Otro* en tanto primordial materno inaugural, como lengua materna que marca al niño desde los inicios en una relación fundante de la cadena inconciente, emblema de la simbolización primordial y de la identificación primaria.

El juego de los significantes inicia la partida en el devenir de las imágenes constitutivas del cuerpo erógeno separándolo de un real biológico de goce. *Es decir, su inicio está entre el juego del "fort-da" y el objeto.*

La interrogación del niño por el deseo de la madre constituye aquel elemento de la estructura inconciente en que se ancla la neurosis infantil. Cómo responde el niño a este enigma es el interrogante que se hace el psicoanalista en el curso de la cura singular de cada paciente donde, como ya sabemos, se pone en acto el inconciente siempre y sólo en transferencia.

De este modo podemos decir que la neurosis infantil es la respuesta al enigma que plantea el deseo de la madre.

El lugar que ocupe el niño en la estructura parental como respuesta al deseo de la madre será un factor decisivo y a la vez determinante en la producción de las diferentes estructuraciones clínicas. Cada vez que se produce un movimiento a lo largo de la cura, se muestra que hay significantes de base sin los cuales las significaciones no podrían constituirse. El niño entra en una estructura simbólica que lo antecede, la estructura inconciente de los padres.

La lectura del complejo de Edipo, tomado desde la expresión de que es en sí mismo estructura de lenguaje, se establece en base a relaciones de exclusión, prohibición y oposición, que implican el establecimiento de una articulación significativa, por ser juego de oposiciones y diferencias que conllevan en sí mismas la posibilidad de una ambigüedad en relación al sentido. Esto va más allá de las significaciones que pueden otorgarse a las disposiciones pulsionales de cada sujeto.

EL NIÑO, UN SIGNIFICANTE MAS

Al tomar al niño como un significante más en la estructura inconciente, lo incorporamos no sólo como niño sino como un lugar que ocupa en el discurso parental.

La posición en que queda ubicado en el discurso parental determinará que su lugar de sujeto se pierda cuando quede amarrado como *significante*, como *síntoma* o como *objeto* en la estructura familiar.

En su trabajo acerca de la técnica de juego, Marie Claude Thomas refiere de este modo la cuestión: *Sea como sea, nos es lícito concluir que la noción de niño puede ser puesta en duda precisamente en la medida en que podemos ponerla en duda, ya que la noción de niño es un significante verdadero y como tal, no significa nada.*

En este sentido *un niño en análisis* implica poner en juego una demanda en transferencia, un síntoma en el lugar del significante Uno y en relación con otro significante. En otros términos, a partir del establecimiento de esta relación, significa poner en juego las formaciones del inconciente, ya sean actos fallidos,

síntomas, chistes o sueños, expresados lúdicamente en dibujos o juegos infantiles.

A esta altura puede surgirnos la pregunta: *¿cómo expresa el niño el inconciente?*, o mejor dicho, *¿cómo se construye el inconciente en transferencia?*

El niño juega... y en su juego... habla. Leer el juego a partir de su gramática, no es más que leer la fantasía inconciente que Freud describe en el segundo tiempo de *Pegan a un niño* (1919), donde el fantasma se construye, no es real, no es histórico, sino que es una construcción que emerge en el curso de la cura.

Esta perspectiva supone al juego del niño en análisis como un texto inconciente signifiante, pasible de ser re-significado en transferencia, produciendo nuevos significados.

En este caso se produce una reclasificación retroactiva que necesita un nuevo ordenamiento de la organización signifiante-significado, ante la cual el sujeto encontrará un lugar. A partir de este proceso se explica el fenómeno que ocurre con el sujeto, cuando se produce el levantamiento de la represión.

Leer el juego infantil como un texto inconciente, implica que el texto sea tomado como *cifra*. Podríamos homologar el juego infantil con el proceso que Freud describe para la interpretación de los sueños:

“Si reparamos en que los medios figurativos del sueño son principalmente imágenes visuales y no palabras, nos parecerá mucho más adecuado comparar al sueño con un *sistema de escritura que con una lengua*. De hecho, la interpretación de un sueño es en un todo análoga al *desciframiento* de una antigua escritura figurada, como los jeroglíficos egipcios. Aquí como allí hay elementos que no están destinados a la interpretación, o consecuentemente a la lectura, sino sólo a asegurar, como unos determinativos, que otros elementos se entiendan. La multivocidad de diversos elementos del sueño halla su correspondiente en aquellos antiguos sistemas de escritura, lo mismo que la omisión de diversas relaciones que tanto en uno como en otro caso tienen que complementarse a partir del contexto. Si este modo de concebir la figuración onírica no ha hallado todavía un mayor desarrollo, es debido a la circunstancia de que el psicoanalista no posee aquellos puntos de vista y conocimientos con los cuales el lingüista

abordaría un tema como el del sueño”.
(*El interés por el psicoanálisis*, (1913), pág. 180).

Por otro lado la *cifra* se apoya en la función del *trazo*, ya que todo lo que es significativo tiene en común estar constituido como un trazo que soporta la letra, es decir que puede ser *leído*. Por esto leer *el texto inconsciente del juego*, no es otra cosa que *descifrar uno por uno los elementos que se escriben en la escena ya sean figurativos, plásticos o expresados con palabras. Todos ellos son escuchados como elementos literales, en tanto están marcados como pura diferencia*.

Es decir que el juego infantil, implementado bajo la técnica de juego, de ninguna manera deja de tener vigencia, sino que la cuestión se remite a buscar dónde y de qué manera se ubica *la función del juego en el lenguaje*, para desde ahí poder reubicar una clínica.

La dirección de la cura así establecida está en relación directa con una operación sobre las distintas formaciones del inconsciente, especialmente en lo que se refiere a la marca significativa.

El juego infantil es un discurso sin palabras donde se pasa de un objeto a otro, siendo el preludio de un tiempo ulterior en el cual el niño avanzará sobre las palabras. Tanto aquí como anteriormente el objeto ocupa el mismo lugar.

En esta dimensión entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, Lacan elabora la simbolización del término *niño* en su equivalencia con el *falo*. Desde la lógica, lo que da cabida a esta concepción es el matema de la ‘*metáfora paterna*’, que no implica otra cosa que la metaforización del deseo de la madre, permitiendo de este modo la construcción del falo como significado.

El juego del niño en transferencia se establece a partir de la demanda, sostenida en el enigma de querer saber acerca del sexo, del nacimiento y la muerte. Constituyendo la transferencia el sostén del dispositivo analítico, emerge en tanto y sólo si el analista ocupa, para el analizante, un lugar particular en el discurso: el lugar del Sujeto Supuesto Saber, lugar en que el niño supone al analista. Lugar que marca la dirección de la cura, de la misma manera que en el análisis del adolescente o del adulto.

Desde esta posición podemos decir que el psicoanálisis se establece, en tanto procedimiento, de la misma manera para el adulto, el niño, el hombre o la mujer. ¿Hay acaso un discurso

personal que no esté fundado en una pregunta acerca del sexo y la muerte?

Tomar la dimensión del inconciente es tomar la dimensión de una estructura. La noción de estructura inconciente que Lacan plantea en el *Seminario III*, establece que ésta es inseparable del concepto de significante y, de hecho, cuando se analiza una estructura se trata de despejar al significante de la manera más radical posible.

La pulsión es significante. Esto significa que la relación al Otro del lenguaje está desde los inicios y el niño, en tanto dependiente del Otro, entrará indefectiblemente en el discurso de éste, respondiendo inexorablemente a su deseo.

La trama edípica se sostiene justamente en los significantes históricos edípicos de cada uno de los padres. Hay que recalcar que existe un tercer elemento entre la madre y el niño, que ocupa un lugar y que desempeña un papel en relación a la *falta*. La madre busca siempre el *falo* que desea en su propio hijo y más allá de él.

La clínica con niños nos muestra muchas veces que determinados juegos no hallan sentido en su expresión, aparecen como partes aisladas, emergen marginalmente en la escena, impresionan como elementos enigmáticos que no encuentran un lugar. En otras ocasiones es una palabra que insiste dentro del fondo argumental de lo que se está construyendo. Su efecto es la producción de interrupciones en el juego, en el dibujo o en la manipulación de los objetos con los cuales se expresaba el niño en ese momento. Encontramos en ellos justamente el amarre a un significante de la cadena parental, que sólo por azar se puede detectar en el curso del análisis y en algunas oportunidades cuando se escucha el discurso de los padres.

ACERCA DE LA CLÍNICA

En el relato de parte de un caso clínico de un niño en análisis, consideraré cómo, en el curso de la cura, se articulan las consideraciones teóricas anteriormente expuestas.

Se trata de un niño de 5 años de edad, al que llamaremos Franco, cuyos padres concurren a la consulta a pedido del pediatra y de la escuela en la que intentaba cursar el pre-escolar. Uno

de los motivos de preocupación era la intensa agresividad de Franco, incontrolable por momentos, que desbordaba los límites posibles de tolerancia tanto de los padres como de la institución a la cual concurría. Su conducta violenta impedía, en algunas ocasiones, su asistencia al jardín y había motivado ya su expulsión de dos instituciones, antes de la consulta.

El lazo social con otros niños, si bien se daba en un principio, era frágil y dificultoso; en algunos casos se veía imposibilitado de poder sostener las relaciones recién iniciadas, fracasando.

Hubo un acontecimiento importante, que lo marcó desde los primeros meses de su vida, contado por sus padres en las entrevistas.

UN TRAUMA INICIAL DEJO UNA MARCA

Los efectos de una descompensación biológica, como consecuencia de una perforación intestinal, lo mantuvo en peligro de muerte desde los cuatro días de edad.

Por este motivo se realizó una cirugía de urgencia, que incluyó una colostomía y un ano contra-natura. Este acontecimiento conmocionó a la familia, ya que el cuidado del niño requería de un trato especial, al cual no estaban acostumbrados.

Esta situación clínica y emocional, especialmente referida al ano contra-natura en un bebé tan pequeño, despertó un sentimiento de alerta permanente, tanto en los padres como en el equipo médico que lo atendía. El estado de urgencia fue de varios meses, hasta que una nueva operación cerró la colostomía que permitió que el niño recuperara su vía digestiva normal.

Como consecuencia del grave acontecimiento traumático, los cuidados y la atención materna adquirieron una dimensión particular.

EL ENCUENTRO CON FRANCO

En la primera entrevista me impresionó como un niño sumamente inquieto, atento a cada detalle del consultorio. Se desplazaba rápidamente con movimientos bruscos y atropellados, moviéndose excitadamente de un lado al otro, husmeando, pregun-

tando alborotadamente por cada cosa que encontraba. Era de contextura muy robusta, vivaz y sumamente expresivo. Velozmente recorría todos los espacios, excitándose y sorprendiéndose ante cualquier cosa que encontraba.

En un momento dado miró fijamente una hoja de papel, tomó el lápiz y comenzó simplemente a rayarla; en otras hojas hizo garabatos sin forma, que repitió una y otra vez.

En una hoja se detuvo un momento e intentó hacer una especie de redondel alargado, con alguna raya al costado llegando a configurar cierta forma visual.

A: Le pregunto cómo se llama lo que está haciendo. Rápidamente me contesta.

P: Una rata, boluda, es una rata...

Repitió sin descanso esta palabra, a la vez que cortaba la hoja de papel en que la había dibujado.

Durante muchas sesiones se repitió la misma escena, sin que pudiera encontrar ningún tipo de articulación que me llevara a descifrarla.

En una ocasión pegó los pedazos, y en otras oportunidades tiraba las hojas, pisoteándolas violentamente.

Sólo repetía *rata*, a la vez que maltrataba, pisoteaba y tijereaba las hojas en que las había dibujado.

En una sesión, mirando por el balcón, me pregunta:

P: Si me caigo, ¿qué pasa?, ¿me mato?

Sólo me miraba inquisidoramente, sin dar la impresión de esperar respuesta.

En este período Franco no podía estructurar ningún juego, sólo repetía *rata* y escenificaba la escena anteriormente señalada, mirando hacia abajo, apoyado en la baranda de un pequeño balcón vidriado del consultorio, preguntando una y otra vez:

P: Si me caigo, ¿me mato?

Esta situación de repetición dada en el juego, a la cual no le encontraba salida, y la llamada insistente de los padres determinó que me decidiera a concretar una cita con ambos.

Los padres se presentaron hablando de la preocupación que tenían con respecto al comportamiento de Franco en la escuela. La extremada agresión de sus conductas seguía siendo el motivo de alarma. Pensaban que lo excluirían para siempre de la escolaridad, teniendo en cuenta lo que había sucedido en las instituciones anteriores.

Esta situación, agravada por la insistencia del colegio, los llevaba a desesperarse e implementar con el niño *a pesar de ellos* penitencias y castigos de todo tipo.

Relataron que en cierta ocasión en que la conducta de Franco fue difícil de tolerar, zarandeándolo fuertemente el padre le dijo que iría a la cárcel; en otro momento *lo echó de la casa* en forma amenazante, de manera tal que Franco lo creyó. La angustia que le produjo este mandato le hizo llorar desesperadamente y, en plena confusión, tomó alguna ropita parándose frente al ascensor en actitud de irse, tal vez con el pensamiento —acota la madre— de *irse de la casa*.

Este episodio fue contado por la madre con una sonrisa, tomándolo simplemente como una picardía de Franco, agregando que el padre lo dejó parado frente al ascensor durante un rato, afirmando así la creencia del niño. A la vez manifestó sentirse culpable de no saber qué pasaba... con ella. Le pregunté entonces acerca del estado de incertidumbre que parecía manifestar al hablar de su hijo y de las actitudes que tenían para con él, invitándola a hablar.

Fue así que *confesó* con mucha angustia y cierta actitud de pena que padecía de epilepsia, que en muchas ocasiones sufría ausencias, cayéndose al piso sorpresiva e inesperadamente, algunas veces con Franco presente.

A esta altura de la entrevista ya se encontraban ambos más sueltos y el diálogo se dio con mayor confianza. La madre, con la voz entrecortada por el llanto, expresó:

M: Era una rata sin cola, me impresioné apenas lo vi... y luego la colostomía.... ¡tener que limpiarlo...! ¡Lloraba todo el día.... me arruinó la vida! Tenía que cambiarle la bolsa de la colostomía porque tenía diarrea constantemente....

Agregó con mucha angustia:

M: ¡No sé lo que estoy diciendo...!

El marido escuchaba el relato de su mujer, callado y con los ojos bajos.

CONJETURANDO....

Considerando estos datos podríamos pensar que Franco perdió su referencia natural, el de ser un hijo deseado en la estructura familiar, pues quedó amarrado en la fantasmática parental al significante *rata*, con que la madre lo nombró. Esta fue la manera en que entró en las construcciones fantasmáticas maternas, que sin duda fueron las que sostenían la *cualidad del contacto y la manipulación corporal* que la madre necesariamente tenía que hacer con él, debido a la colostomía. Fueron los amarres significantes por donde se desplegaba la subjetividad materna.

Franco escenificaba en sesión la incertidumbre por la que pasaba la madre en los momentos en que ella se *alertaba* por sus caídas. En sus juegos, identificado con su madre, se preguntaba por ellas.

Estos significantes maternos: *rata, caída, movimientos bruscos y sorprendidos*, fueron los que determinaron los fundamentos identificatorios de toda una serie de comportamientos con los otros niños que le dificultaban, sin duda, un desempeño adecuado para constituir algún tipo de lazo social.

La fijeza en la conformación de los vínculos dio pie a la alteración de la construcción del mundo imaginario, por lo cual se veía impedido tanto de jugar como de comunicarse con otros niños. Solamente podía *pegar, escupir y hablar violentamente*. La incidencia de la *repetición significativa* es lo que determinó la *constitución del síntoma*.

Durante el período en que Franco tenía 2 a 3 años se produjo una separación de los padres, que duró un año. La situación se les hacía insostenible a ambos. La posición del padre, quien decidió finalmente la separación, indicaba cuánto de su propia subjetividad también estaba jugada en el campo del niño.

Doy cuenta de este caso para ilustrar de qué manera *una palabra inconexa, reiterada con insistencia, al ser escuchada en transferencia por el analista, se tornó síntoma*.

Tal síntoma finalmente promovió una *maniobra de transferencia*, que consistió en la propuesta de establecer una interven-

ción con los padres, proponiendo entrevistas con ellos. De esta manera se dio la posibilidad de desplegar una transferencia colateral.

La palabra *rata* tomó lugar en el discurso de la madre.

La clínica con los padres en *transferencia* permitió ver claramente cómo el significante materno *rata* amarró a Franco, alienándolo en su fantasma. Los padres en transferencia pudieron dar emergencia a la frase: *era una rata sin cola*, frase que hacía referencia a la dificultad simbólica que encontraron, posiblemente debida a la presencia ineludible de la colostomía. Dificultad simbólica por efecto de la herida narcisista que produjo, en última instancia, la incapacidad para libidinizar adecuadamente el cuerpo del niño.

La *maniobra de transferencia* con los padres posibilitó que el significante *rata*, al entrar en transferencia, surgiera como síntoma. Esto motivó una demanda analítica por parte de la madre.

De este modo se pudo construir un *síntoma analítico que funcionó como causa*. La palabra *rata* fue un punto de partida para poder recorrer la cadena significativa.

La intervención analítica con los padres en transferencia es puntual, permitiendo desplegar en este caso el imaginario materno hasta poder tocar un límite simbólico. El retorno de lo reprimido materno pudo entrar en una articulación: - *rata-hijo- Franco*. El hijo, Franco, se perdió como referente deseado, pasando a ser una *rata sin cola*, frase que tomó el lugar imaginario en el fantasma materno. Su despliegue en transferencia permitió que la madre se preguntara acerca de su propio saber inconciente, hecho que promovió el pedido de análisis.

El material escuchado desde esta posición permitió la creación de un espacio clínico, posibilitando que los padres hablaran. Fue así que fijé cuatro entrevistas, una por semana, en las que se pudo desplegar discursivamente la demanda de la madre, vislumbrándose el lugar sintomático que el niño ocupaba en la estructura parental.

Franco no cumplía con los ideales, por lo tanto la marca significativa fálica que normalmente se establece en el niño, en el lugar de la falta de la madre, fue insuficiente.

El niño quedó por este motivo amarrado al significante *rata sin cola*, que implicaba el rechazo de su cuerpo como superficie

de proyección de los ideales parentales. No hubo pérdida real del objeto, ésta se suplió con la identificación a un significante aislado que si bien se ligaba a otro, se ligaba sin una pérdida que detonara separación.

Franco, con sus conductas maníacas intentaba alcanzar permanentemente y con absoluta omnipotencia, tanto en las sesiones del primer período como en su vivir cotidiano, un ideal absoluto, pero a costa de no poder devenir sujeto.

DE LA RATA AL CUERPO SIMBOLICO-IMAGINARIO

A partir de la *maniobra de transferencia* con los padres, el análisis de Franco dio un vuelco, se produjo un movimiento en la estructura cuyo efecto dio lugar a la construcción de un fantasma transferencial.

Comenzó a jugar haciéndome participar, indicándome cuál debía ser mi rol. Las diversas configuraciones dadas por los contenidos de los juegos, podían situarlo alternativamente como sujeto o como objeto con respecto a la relación al Otro.

Un ejemplo de este proceso fue el siguiente fenómeno metonímico: de la *rata* pasó a la *caca* y de la *caca* a la *cola*.

Luego del primer período de análisis sistemáticamente pedía ir al baño para hacer *caca*. Me pedía que dejara la puerta entornada, a lo que accedí.

Mientras estaba sentado en el inodoro me preguntaba:

P: Elsa, ¿dónde estás?

A: Le contestaba: Aquí, esperándote.

Reiteraba la pregunta hasta que finalizaba, haciendo en ese momento un nuevo pedido:

P: Elsa, ¿me limpiás?

A: Le respondía simplemente: No.

Esta respuesta lo molestaba, irritándolo al punto de protestar airadamente, insultándome muchas veces, aduciendo que en la casa la mamá lo limpiaba.

Después de un tiempo a la pregunta habitual de “Elsa, ¿me

limpiás?”, se contestaba a sí mismo “Está bien.... está bien..., porque cada uno se limpia su cola”.

Poco tiempo después le agregó al mismo juego otro elemento: el papel higiénico y los números. Antes de limpiarse tenía que abollar el papel un determinado número de veces, verbalizando la cuenta hasta el momento, en general arbitrario, en que paraba de contar.

La intervención analítica que sostenía la negativa a limpiarlo, dio lugar a un corte en el movimiento pulsional y consecuentemente con éste un *acto*, pues al limpiarse no hacía más que hacerse responsable de su goce.

El juego con el papel higiénico y la manipulación cifrada que hacía con él implicaba la aparición de un reglado. La *caca* pudo entrar en serie con otros significantes, contar el número de los repliegues de papel y armar otra serie con *papel*. Esto lo condujo a contar lo que le sucedía en la escuela y a traer a las sesiones los papeles con los que trabajaba allí.

Este proceso, que se estableció en el primer período del análisis de Franco, consistió en establecer una demanda que implicara para él que *algo del objeto estaba perdido*.

El juego del “*fort-da*”, en este caso expresado en la escena del baño cuando me preguntaba “Elsa, ¿dónde estás?”, como en otras ocasiones el juego de las escondidas, fortaleció la marca simbólica de la pérdida del objeto real.

Podemos llegar a pensar que en este niño hubo una falta de división del sujeto, entre la vertiente del significante del deseo del Otro y la vertiente real del objeto. Franco quedó ligado a un significante *-rata-*, con una notable dificultad en la construcción del objeto, con lo cual el mundo fantasmático se vio sumamente reducido.

El mundo simbólico se limitaba solamente al lenguaje en su sincronía, sin que el objeto caiga.

La diacronía del discurso, por la que pasa la historización, no se produjo. El niño nunca se preguntó por la horrenda cicatriz que, de punta a punta, surcaba su abdomen.

En el curso del tratamiento el juego se constituyó como respuesta al impacto de lo Real; se presentó con elementos imaginarios con determinación simbólica a partir de una situación de goce angustioso. Se puso en juego la construcción imaginaria para generar cierta dosis de placer.

Luego de este período que duró tres o cuatro meses, los juegos se complejizaron. Uno de ellos fue el *juego del Dr. Muerte*. Franco personificaba un niño que se accidentaba. Comenzaba a dar unas vueltas sobre sí mismo, que yo debía contar. Se caía al suelo. Luego me indicaba que tenía que personificar al médico que lo debía salvar, hacer algo para revivirlo, por ejemplo darle oxígeno, ponerle alcohol, algodón, etc. En otras ocasiones debía dejarlo morir. El juego estaba reglado, él me tenía que indicar la función que yo tenía que llevar a cabo exactamente.

Las intervenciones analíticas fueron breves y sólo las indispensables para lograr la expresión más acabada del juego y de lo que quería comunicar con él, como así también las dificultades que se le podían presentar en su construcción. Las preguntas eran frecuentes, tenían por finalidad poder ubicar el juego en su relación con la escena espacial en que se desarrollaba y sus elementos discursivos.

En este juego le pregunté a Franco por qué se moría, cuándo y por qué se sanaba, por qué el oxígeno, etc. Estas preguntas le permitieron a Franco ubicarse en relación al Otro, desplegando fantasías referidas a la imagen del cuerpo, a la vez que daba expresión a los significantes corporales en los cuales estaba sostenido.

El juego así establecido evidenciaba claramente que era del orden de la repetición traumática. Ponía en escena su internación y las vicisitudes por las que había pasado durante la operación. En el comienzo de cada juego yo le preguntaba quién era él, en el sentido de cuál era su rol y qué quería hacer con cada elemento que introducía.

En este ejemplo el *saber*, formó parte de la *formalización del síntoma*, en la medida que el trauma ubicado como pura experiencia tomaba letra retroactivamente, al poder detectar la *función del juego en el lenguaje*.

Pasó largo tiempo hasta poder investigar su cuerpo y decir que tenía una cicatriz en la panza, preguntándose por qué era distinto a los demás. Luego descubrió que esa cicatriz correspondía a la preocupación que lo llevaba a construir los juegos del *Dr. Muerte*, así como también el significado que tenía la rata que dibujó en un principio. Marca, por otro lado, que marcó su cuerpo y en la que quedó atrapado.

Ciertamente podemos pensar que la cicatriz indicaba la mane-

ra en que se coaguló y amarró un significante. La cicatriz pasó a ser la marca que no pudo ser transliterada.

Por otra parte el reordenamiento significativo que provocó el hecho de transferencia, implicó para este niño un re-causamiento de su deseo. Es decir, dejó de ocupar el lugar de “objeto a” o de significante sintomático de la estructura inconciente de los padres.

Hacer trabajar la transferencia fue ponerlo en relación con su propia falta, y re-enviarlo a sus propios significantes históricos, los que hicieron marca en su cuerpo, de manera tal que pudo *construir un síntoma en transferencia*.

EL JUEGO DE PALABRAS

En otra ocasión construyó un juego de palabras que expresaba acompañándolo con un ritmo de canción. Decía lo siguiente:

P: Labosomisantosives, yo no existo más para vos...

Repetía constantemente esta frase, acompañándola con ritmo, a veces durante el juego del *Dr. Muerte*, o el juego del *quiosco*, donde dramatizaba la compra de golosinas por diversos personajes, que eran en realidad los compañeros del colegio a quienes pegaba y hostigaba, como por ejemplo Ingrid. Ella era una nena a la que pinchó con un alfiler en la tetilla, lastimándola. En la escuela tuvieron que llamar al médico y llevarla al hospital. En el juego, algunas veces yo representaba a Ingrid y en otras, lo hacía él. Montaba una escena en que uno de los dos era ciego, otras veces mudo y sordo o todo junto a la vez. Algo del orden del objeto intentaba perder.

El juego de palabras ponía claramente en evidencia que Labos se refería a mi apellido, quedando “omi” y “santos ives”, sin descifrar. Esta construcción se fue aclarando en el curso del tiempo.

Un día Franco nombró “Santos Ives” en la casa y entonces le aclararon que ese era el apellido de soltera de la abuela materna. No era común que en la casa se nombrara este apellido.

Estos elementos que se mostraban claramente en distintas secuencias de ese período de sesiones, se caracterizaban por la

repetición de la frase: -Labo- somi- santos -ivez -. La puntué de la siguiente manera:

A: Yvez... Ingrid?

A lo que respondió:

P: Labosomi- santos ives, toqui, toqui...

A: Toqui, toqui, te tocó...

Responde:

P: Toqui, toqui me hizo Ingrid, y también mi abuela en la panza donde tenía la rata.

Prosiguió con una especie de canción, que decía así:

P: Un osito él me regaló, y ¿qué me pasó?, me sorprendió, me dijeron que estaba muerta por mí y de cabeza me metí. Como un nabo me metí a la pileta y me volví loco con sus trenzas.

En la esquina de mi casa la encontré un “tiropo” y arranqué...

¿Cómo puede una flor estar tan solo?, Ingrid me gritó, rajá de aquí quién te da bola... que bolu.. que bolu.. mis amigos me dijeron, se reían un montón, fue un enorme papelón.

Coloradas me quedaron las orejas, cuando me agarró la vieja, pero nunca aprendo la lección...

A: ¿Te hacés el malo, para que te quieran, para que te toquen o para que te echen?

(Recuerdo el episodio en que el padre lo “echó” de la casa y él se lo creyó).

Prosiguió, cambiando totalmente de actitud y dejando de cantar:

P: Labos - somi quereme... toqui, toqui me dicen mis amigos cuando pego.

Lo dice con preocupación, angustiado y a la vez temeroso, pidiéndome que no se lo diga a la madre y agregando.. en voz baja:

P: Mi papá está solo....

Podemos pensar que en este material el juego de palabras correspondía a los significantes de un fantasma erotizado de agresión en el cuerpo. La abuela materna le cambiaba las bolsas de la colostomía, de pequeño. El juego metonímico estaba sostenido en relaciones homofónicas tales como: *-tocar-tirar-pegar-morir*.

Ingrid fue la niña que a consecuencia del pinchazo que él le

infligiera tuvo que ser atendida por un médico, sin poder concurrir a la escuela durante un mes. Por este motivo Franco estuvo durante ese tiempo sumamente preocupado.

Esta situación lo llevó a reactivar las vivencias de daño, dolor corporal, muerte y castigo, así como también la idea de salvación y culpa, ofreciéndose unas veces como objeto masoquista al goce del Otro, y otras como ejecutor sádico de un fantasma masoquista.

Para el niño construir el fantasma en transferencia consistió en no responder al deseo de la madre, no ser el objeto de su goce.

¿EXISTE FIN DE ANALISIS EN EL PSICOANALISIS DE UN NIÑO?

Desplegada la pregunta de esta forma resulta sumamente difícil la respuesta, pues es complicado pensar al niño, tal como lo venimos situando en el discurso analítico, como diferente a cualquier otro analizante. Sin embargo, considero que el fin de análisis en un niño merece contemplar algunas cuestiones.

Si sostenemos la postura que expresa Lacan en las citas antes mencionadas, no podemos dejar de pensar que la posición del analista y la consecuente puesta en práctica del dispositivo analítico es un hecho que hace surgir la clínica, marcando su dirección.

En este sentido, el papel del analista no sólo se presta como un objeto de proyección, sino como un objeto resistente a la identificación. Este es un punto de variación en la clínica del final de análisis. Sin embargo, la persona del analista posibilita y proporciona una máscara adecuada para una respuesta identificatoria que contribuye, específicamente en el análisis de un niño, a construir un fantasma transferencial.

¿Qué nos indica su construcción? Indudablemente que el niño ha podido desplazar el fantasma materno. Es decir, ha logrado un movimiento en su respuesta de complacer el deseo de la madre.

Para el niño la construcción del fantasma transferencial podría marcar cierto viraje de posición en relación a la estructura. Sabemos que esto no es todo, pero en algunas ocasiones promover un desligamiento de la función de obturar la castración materna dado como efecto de transferencia, lo lleva a destrabar la posición subjetiva y, por ende, poder enfrentar la situación

edípica con otras posibilidades de juego identificatorio.

Lo específico en el análisis de un niño es asegurarse justamente que no se posicione como objeto condensador de goce en la estructura familiar, sino que ese goce se pueda localizar en las construcciones fantasmáticas.

Esta posición de goce del niño es la que posibilita la operación de la metáfora paterna. Sin ella no es posible la constitución de las formaciones del inconciente, es decir la constitución subjetiva del niño.

La transferencia opera de tal forma que al ocupar el analista el lugar de “semblante de a”, propulsa al analizante a desplazar su goce por la vía del significante.

De ahí que el análisis o la interpretación es una operación sobre las formaciones del inconciente, en aquel lugar donde las marcas significantes lo fijaron traumáticamente.

En el caso clínico presentado, la inclusión del padre en el discurso del niño implicó que Franco pudiera construir una “père-versión” (en francés equivale a versión del padre). Es decir, una versión a un padre cuyo deseo implicara desear a una mujer.

La frase *mi papá está solo*, posiblemente indica que su presencia no basta para complacer al padre.

El padre puede considerarse como el operador simbólico que ejecuta el corte del momento de alienación en el fantasma materno. Si en el curso de la cura se puede desplegar la fantasmática en relación al Otro simbólico, se puede llegar a decir cuál es la posición subjetiva que acompaña a un fin de análisis y por consiguiente las transformaciones estructurales que se produjeron.

Con este planteo lo que quiero recalcar es que la clínica de la transferencia con los niños, sostenida no solamente en función que el analista se ofrezca como superficie de proyección, personaje de sueños, etc., sino también como *objeto resistente a la identificación*, implica que se posibilite hacer trabajar, en el sentido estricto del término, la articulación significativa. *De este modo se establece una clínica del goce que da cuenta de la posición subjetiva que cada paciente tiene en relación a una ética en donde no se elimina lo real.*

Esta concepción de la estructura marca una posición en la clínica de la transferencia que tenderá a dismantelar los ideales,

evitando la eternización de la deuda y consecuentemente con ello reduce los pactos identificatorios que anhela el fantasma como modo de evitar enfrentarse con la castración, sosteniendo en cambio la cadena deseante.

RESUMEN

En este trabajo se intenta definir el concepto de *niño* en su estricta relación con la práctica psicoanalítica.

Se fundamenta teórica y clínicamente, a partir del estudio de un caso clínico, la posición analítica en relación a la dirección de la cura, abriendo asimismo un interrogante vinculado a la existencia de un fin de análisis en la clínica con niños.

Un planteo central de este desarrollo consiste en el intento de poner en cuestión el lugar que se le otorga a la escucha analítica, en función de que para ella *su objeto* son las *formaciones del inconciente*, siendo éstas las mismas para los adultos y para los niños, de lo cual se desprende que la consideración de una especialidad *de niños* en la clínica psicoanalítica puede suscitar una razonada crítica.

Sin embargo en los niños pequeños cada momento de la cura muestra que hay significantes de base, sin los cuales las significaciones no pueden constituirse. De este modo el niño entra en una estructura simbólica que lo antecede, la *estructura inconciente de los padres*.

Otro eje de teorización gira en torno a la consideración del *juego infantil*. Se puntualiza que su interpretación se funda en tanto cumple una función en la estructura del lenguaje. Por lo tanto el juego pasa a ser un texto para ser leído. De este modo leer el juego inconciente no es otra cosa que *descifrar, uno por uno*, los *elementos* que se *escriben en la escena*, ya sean figurativos, plásticos o expresivos. Todos ellos son escuchados como elementos literales, en tanto están marcados como pura diferencia.

Tomando un caso clínico se fundamenta la consideración del discurso de los padres en transferencia y la función que éste cumple en relación a la construcción de un *síntoma transferencial*.

Con este planteo se recalca que la clínica de la transferencia con los niños, sostenida no solamente en función de que el analista se ofrezca como superficie de proyección, sino como *objeto resistente a la identificación*, implica que se posibilite hacer trabajar, en el estricto sentido del término, la articulación signifiante. De este modo se establece una

clínica del goce que da cuenta de la posición subjetiva que cada paciente tiene en relación a una ética, donde no se elimina lo Real.

Esta concepción de la estructura marca una posición clínica de la transferencia que tenderá a dismantelar los ideales, evitando así la eternización de la deuda.

SUMMARY

This article tries to define the concept of "child" in its strict relationship to psychoanalytical practice.

Taking a clinical case as point of departure, the psychoanalytical position relating to the direction of the cure is given theoretical and clinical support. In the article the question is posed about the existence of an end in child analysis.

A central issue in this development is the attempt to question the role that is assigned to psychoanalytical listening. Psychoanalytical listening has *unconscious formations as its object*. Since unconscious formations are the same in adults and in children, the fact that *child* analysis is a speciality in clinical psychoanalysis can be questioned or criticized.

Nevertheless, analysis shows in young children that there exist basic significant, without which significations cannot be constituted. In this way, the child enters a symbolic structure that preexists him/her, that is *the unconscious structure of his/her parents*.

Child's play is another theme for theorization in this article. Its interpretation is based upon its role in language structuration. For this reason, play becomes a text to be read. In this way, reading the unconscious play is nothing else than *decoding, one by one, the elements that are written in the scene*, be they figurative, plastic, or expressive. They all are listened to as literal elements, insofar they are marked as pure difference.

Through a clinical case the article supports the consideration of the parents' discourse in the transference, and its role as related to the construction of a *transference symptom*.

This argumentation stresses that clinical considerations of transference in child analysis –when the analyst not only offers him/herself as a surface for projection, but also as an *object that resists identification*– imply that significant articulation has to be allowed to work, in the strict sense of the word. In this way, a *jouissance clinic* is established that includes the subjective position each patient takes in relationship to ethical matters where the (Real) is not left out.

This conception of structure marks a clinical position of transference that will tend to dismantle ideals and therefore avoids making the debt an eternal one.

RESUME

Ce travail essaie de définir le concept d'*enfant* dans son strict rapport avec la pratique psychanalytique.

Dans ses fondements théoriques et cliniques il part de l'étude d'un cas clinique: la position analytique en relation avec la direction de la cure, posant en même temps la question de la possibilité de la fin de l'analyse dans la clinique avec des enfants.

Un point central de cet exposé est la tentative de mettre en question le lieu assigné à l'écoute analytique, tenant compte du fait qu'*elle a pour objet les formations de l'inconscient*, du moment qu'elles sont les mêmes chez les enfants et les adultes; d'après ceci on peut supposer que la spécialité *enfants* dans la clinique psychanalytique peut susciter des critiques justifiées. Pourtant, chez les petits enfants, chaque moment de la cure montre qu'il existe des signifiants de base, sans lesquels les significations ne peuvent pas se constituer. C'est ainsi que l'enfant entre dans une structure symbolique qui le précède: la *structure inconsciente des parents*.

Une autre ligne théorique tourne autour de la considération du *jeu infantile*; on remarque ici que son interprétation se dégage du fait qu'elle joue un rôle déterminé dans la structure du langage. C'est ainsi que le jeu devient un texte lisible. Lire le jeu inconscient n'est pas autre chose que *déchiffrer, un à un, les éléments qui s'écrivent dans la scène*, soient-ils figuratifs, plastiques ou bien expressifs. Ils sont tous entendus en tant qu'éléments littéraires, dans la mesure où ils portent la marque de la différence.

A partir d'un cas clinique on considère le discours des parents dans le transfert, et le rôle qu'il joue en relation avec la construction d'un symptôme *transférentiel*.

A partir de ce développement théorique on souligne que la clinique du transfert avec des enfants, fondée non seulement sur le fait que l'analyste s'offre comme surface de projection, mais aussi comme *objet résistant à l'identification*, permet le travail de l'articulation significative, dans le strict sens du terme. C'est ainsi que s'établit une clinique de la jouissance qui rend compte de la position subjective que chaque patient a par rapport à une éthique, où le Réel n'est pas éliminé.

BIBLIOGRAFIA

- ABRAHAM, KARL. *Contribuciones al estudio de la Libido*. Ed. Hormé, 1973.
- ALLOUCH, JEAN. *Letra por Letra*. Ed. Edelp, 1993.
- FREUD, SIGMUND. El chiste y su relación con lo inconciente. Ed. Amorrortu, 1982. O C, tomo VIII.
- El múltiple interés del Psicoanálisis, Ed. Amorrortu, O C, tomo XIII.
- Pegan a un Niño. Ed. Amorrortu, O C, tomo XVII.
- LACAN, J. Función y campo de la palabra. *Lectura Estructuralista de Freud*, Ed. Siglo XXI, 1971.
- *Seminario III. La Psicosis*. Ed. Paidós, 1988.
- LAURENT, ERIC. *Concepciones de la cura en Psicoanálisis*. Ed. Manantial, 1993.
- THOMAS, M. C. "La play Technic". (Comunicación personal, 1982).

Descriptores: Escuela francesa. Niñez. Psicoanálisis de niños.

Elsa Labos
Alvarez Thomas 684
1427 Buenos Aires
Argentina